



Los leones de Navarra, por Oscar Yuste

He estado trabajando durante el último medio año en diferentes países Africanos. Primero en mi vieja Africa del Este, Kenia y Tanzania. Posteriormente tuve que trabajar más al sur, en la desconocida Zambia y la apacible Malawi. Finalmente, los últimos dos meses he estado haciendo de guía en el corazón de los grandes lagos, Uganda y Ruanda.

Mucho ha acontecido durante estos periplos por Africa, y mientras la tinta ansiosa se desespera por plasmar en el papel lo ocurrido, yo, tengo que ordenar y dar preferencia a alguno de los viajes para empezar a narrar la historia de este último año.

Voy a comenzar rindiendo homenaje a un grupo de veteranos viajeros, que no turistas. Un grupo de navarros, en el que cada uno de ellos, acarrea en sus mochilas más de un lustro de docta experiencia. Todo empezó con una llamada de la agencia.

_Oscar, ¿Quieres liderar un viaje a Zambia y Malawi? Será un viaje espectacular y viajaras en mítico buque Ilala. El tono del director de la agencia presagiaba que había algo más...

_Bueno envíame el itinerario que lo vea.

No hace falta, es un viaje normal como los que ya hiciste hace tres años. Esta respuesta me pareció un tanto extraña. Así que decidí ir a Barcelona y estudiar el

itinerario.

Cuando observé el itinerario del viaje, comprobé que era un viaje demasiado duro, con etapas muy largas, quedando el éxito del viaje a la merced de los caprichos de la mecánica de los vehículos, de los factores climáticos o del "F.A" (el factor Africa).

El director me dijo que no me preocupara, puesto que los viajeros eran "muy veteranos". De nuevo, el tono de la frase delataba que este viaje ocultaba algo.

A que te refieres con "muy veteranos".

_Pues que han viajado muchos años.

Entonces creí entender por donde iba la conversación.

¿Qué edad tienen estos "muy veteranos"?

Después de un gran silencio, cabizbajo y con voz débil me dijo:

No sé, pasando los sesenta.

¿TODOS? Le pregunte sorprendido.

_No hombre, todos no, solo algunos....

Este era un viaje muy africano, por carreteras polvorientas, vehículos toscos sin aire acondicionado y suspensiones muy duras, acampando con tiendas de campaña en mitad de la nada, con calor por el día, mosquitos y sobretodo, con algunas jornadas de viaje interminables de sol a sol. Por lo tanto, me preocupaba muchísimo la condición física y el estado de salud del grupo. Definitivamente, esta expedición no iba a ser como un viaje del INSERSO por la Costa Brava.

Así empezó todo, como no había nadie dispuesto a realizar este viaje, por hacerle un favor al director de operaciones y al tiempo amigo, me enrolé en este viaje, donde sin duda me esperaban un sinfín de problemas a resolver.

Cuando llegué a Zambia, en Lusaka apareció el primer problema, el camión que tenía que revisar y en el cual íbamos a viajar no estaba en el lugar previsto, y el conductor no contestaba al teléfono.

Por si esto fuera poco, recibo una llamada de España del jefe de la expedición de los "muy veteranos".

Con voz templada y seguro de si mismo se presentó:

_Soy Manolo ¿Que tal va todo? Era la primera vez que un viajero me llamaba a Africa antes de realizar el viaje, lo cual no auguraba nada bueno.

Muy bien Manolo, aquí estoy, acabando con los preparativos del viaje. _!Mentira cochina! No tenía ni camión, ni conductor, y los cocineros tampoco habían dado señales de vida.

Me alegro, oye, una cosa muy importante, Es que somos un grupo algo especial. ¿Hay nevera en el camión?

Esta pregunta empezó a preocuparme. Sin duda necesitaban frío para guardar los medicamentos, insulina o vete tú a saber que otros medicamentos eran necesarios para mitigar las enfermedades que se cebaban con este grupo de septuagenarios.

Si que tenemos nevera, no te preocupes, podréis guardar los medicamentos con

toda seguridad.

La respuesta que me dio, fue sorprendente, y arrojó una calida y esperanzadora luz sobre el tipo de personas que eran estos navarros.

Qué medicamentos ni ostias!!! Te llamo para que vayas llenando la nevera de vino y cerveza que llegamos mañana!!!!

Estos navarros y navarras resultaron ser unos auténticos leones devoradores de todo tipo de jamones, chorizos, quesos y otros manjares del norte. Así como expertos degustadores de vinos, cervezas y licores diversos. Sin duda alguna me había topado con unos auténticos profesionales de la buena vida. No solo derrocharon voracidad, sino también generosidad, prueba de ello es que mientras tecleo estas letras, estoy dando buena cuenta de las exquisitas viandas y manjares de Navarra que me han enviado hace un par de días y que con estas letras le agradezco enormemente.

Sin embargo, su buen apetito no iba a mejorar las duras condiciones del viaje que nos esperaba, y yo seguía preguntándome si aguantarían un viaje de esas características.

Eran montañeros, y la montaña es severa profesora, por lo tanto, este aprendizaje jugaba a su favor. Además en el grupo había algunos montañeros que andando podían cansar a un caballo. Pero donde verdaderamente probaron su arrojo y valía, no fue andando en tierra firme...

En una ocasión, con estos navarros, en la más absoluta oscuridad de la noche, tuvimos que subir a un barco fondeado en el lago Malawi, a gran distancia de la orilla debido a su calado.

No hubo más remedio que aproximarnos al buque sin luz alguna, en unas destartaladas barquichuelas, que lentamente se acercaban al buque mientras los remeros achicaban agua.

Al acercarnos al buque, desde nuestra barca, observamos un espectáculo dantesco, difuminadas por el negror de la noche, miles de caras asustadas, a empujones intentaban abandonar el barco por la única puerta disponible situada a unos dos metros sobre el nivel del agua.

Niños, cabras y bultos eran tirados por la puerta para hacinarlos en una vieja patera de hierro donde esperaban otros seres humanos, y que cargada hasta lo indecible y en el caso que no zozobrara, les acercaría penosamente hasta la costa.

Nos horrorizamos cuando comprendimos que nosotros tendríamos que entrar por la misma puerta por la que una marea humana de seres desesperados se arrojaba violentamente y sin orden alguno.

Cuando vi el terrible escenario temí por la integridad física del grupo, no creí capaces a los más mayores, y sobretodo a las mujeres, de subir al barco abriéndose paso a la fuerza y salir ilesos de tan grave situación. Yo intenté bromear para mitigar algo la tensión, pero la preocupación por el grupo y la gran responsabilidad que se cernía sobre mí, se reflejaba en mi rostro de tal manera, que cuando les animaba creía que aún se preocupaban más.

La oscuridad, los rostros angustiados, los gritos de la gente desesperada por

abandonar el barco, el oleaje que nos impedía acercarnos a la puerta... lo que a nosotros nos parecía el peor tormento del purgatorio, para estos africanos no era más que el crudo y cotidiano espectáculo por la lucha de la vida.

Estábamos experimentando, la supervivencia en estado puro de quien no tiene nada más en esta vida, que la obligación de vivir.

Mis amigos navarros con sus más de 50, 60, e incluso 70 años me dieron una lección de humanidad, resistencia y templanza que jamás olvidaré. Fueron subiendo uno a uno, a golpes, empujones, en plena noche con sus miedos y temores pero sin perder el control, hasta que al final, acabamos todos en la borda a salvo.

El inmenso lago Malawi se hizo más salino con algunas de nuestras lágrimas. Lágrimas que no derramamos por nuestro sufrimiento, que no fue poco, sino por el dolor ajeno de tantos africanos...

Un dicho suahili dice: "Watoto ya simba, ni simba" Un cachorro de león, es un león.

Me voy a tomar la libertad de realizar una modesta adaptación de este refrán para mis amigos navarros:

"SIMBA MZEE, NI SIMBA MBILI" "El león que llega a la madurez, es león dos veces"

A los leones de Navarra con todo mi corazón.

Oscar Yuste



www.africainedita.com